

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Volumen 2, Número 2, Agosto 1993

La identidad alquilada: Identidad y e inmigración

Graciela Spector

pp. 86-98

La identidad alquilada: Identidad e inmigración

Graciela Spector

*Váyanse, dijo el pájaro; que la especie humana
no soporta mucha realidad.*

(T. S. Eliot, "Burnt Norton")

*Que haya sueños es raro,
Que el usual y gastado repertorio
De cada día incluya el ilusorio
Orbe profundo que urden los reflejos.*

(J. L. Borges, "Los espejos")

Identidad(es)

TODO empieza con la identidad. Si podemos imaginar que la identidad es un espacio geográfico dentro de nosotros, comenzaremos por decir que este espacio debe existir entre otros contenidos, de los que toma

los elementos para construirse. Es como un enrejado fino, que elabora su arquitectura a base de ciertos elementos —atravesando muros, empapándose de fluidos antiguos, de perfumes—, para determinar luego sus propios límites, endureciendo algunas formas, en tanto que otras permanecen permeables, en un perpetuo movimien-

Rosario, Argentina, 1947. Reside desde 1977 en Jerusalén, donde obtuvo el M.A. en la Escuela de Educación. Actualmente prepara un doctorado en psicología social del lenguaje, tema sobre el que ha publicado varios artículos.

to de contracción y distensión. Casi un latido dentro de nuestro ser. Un latido tenue a veces, acompasado y quieto, y otras, bombardeo feroz que nos quita el sueño y la calma.

La identidad. En realidad, conjunto de pequeñas identidades. Fuerzas en estado puro, que tienden a expandirse. En el espacio de la identidad no puede haber lugares vacíos. Cuando una identidad se contrae es porque otra se expande, o porque surge una nueva identidad.

La historia personal de la lengua refleja los avatares de la construcción de la identidad nacional del ser humano. En ella se registran las huellas de las guerras desatadas en el corazón del hombre. Acentos, inflexiones, dudas, errores, nos permiten ahondar en el dolor de la adaptación y la renuncia, el descubrimiento y el placer intenso de crecer.

El proceso de construcción de la identidad nacional tiene como objetivo fundamental explicar la pertenencia geográfico-social de la persona. Aquí, como en otros aspectos de la vida humana, se puede observar la "construcción social de la realidad", o —mejor aún— la "tarea de la aceptación de la realidad" que, según Winnicott (1971), nunca queda terminada. Winnicott afirma que "no hay ser humano que esté libre de la tensión de vincular la realidad interna con la exterior, y el alivio de la tensión lo proporciona una zona intermedia de experiencia (espacio transicional) que no es objeto de ataques (las artes, la religión, etc.). Dicha zona es la continuación directa de la zona de juego del niño pequeño que 'se pierde' en sus juegos. De cada individuo que ha llegado a ser una unidad, con una membrana limitante, y un exterior y un interior, puede decirse que posee una realidad interna, un mundo interior —que puede ser rico o pobre, encontrarse en paz o en estado de guerra. Yo pienso que hace falta una triple exposición: una parte, de la cual no podemos hacer caso omiso, es una zona intermedia de la **experiencia**, a la cual contribuyen la realidad interior y la vida exterior. Se trata de una zona que no es objeto de desafío alguno, porque no se le presentan exigencias, salvo la de que exista como lugar de descanso para un individuo dedicado a la perpetua tarea humana de mantener separadas y a la vez interrelacionadas la realidad interna y la exterior".

En mi opinión, también el proceso de construcción de la identidad nacional se lleva a cabo en este espacio intermedio. Por eso, este proceso se basa al mismo tiempo en ciertos elementos de



la realidad exterior y en otros que pertenecen a la realidad interna, subjetiva, de la persona. Por ejemplo, si tomamos el caso del inmigrante, indudablemente serán importantes ciertos aspectos de la nueva realidad, como el status que le otorga el nuevo país (inmigrante, refugiado, ciudadano), el status relativo de su grupo étnico en relación a otros grupos dentro de la nueva sociedad, el status lingüístico del idioma de origen en relación al nuevo idioma, la aceptación social de su grupo étnico dentro del marco de la sociedad, su status profesional, etc. Sin embargo, junto con estos elementos de la realidad, elementos subjetivos, pertenecientes a la biografía personal del inmigrante también habrán de ejercer influencia sobre la negociación de las subidentidades nacionales: la historia de su infancia, su propia inserción en la sociedad de origen, su sensación de ser aceptado o rechazado por aquellos "otros significativos" ("significant others") a lo largo de su

vida, etc. Es por eso que la relación de una persona con su identidad nacional, la forma en que se define a sí misma, la naturalidad o falta de naturalidad con la que se relaciona con una cierta identidad nacional, no pueden predecirse sólo a base de sus datos demográficos. La nacionalidad que figura en el documento de identidad es importante... pero no basta.

No todas las identidades nacionales se constituyen de la misma forma. Hay identidades nacionales que se heredan y otras que se adquieren. Entre las identidades heredadas, que forman parte de los contenidos primeros de la identidad social, podemos a su vez diferenciar entre familias profundamente arraigadas en una identidad, y aquellas que la exhiben por vez primera en su generación, o que simplemente dan origen a una identidad nacional en sus hijos debido a migraciones.

Si bien la negociación de subidentidades nacionales es típica de la situación de inmigración, se lleva a cabo en otros terrenos durante la vida de todo ser humano, dondequiera que esté. Simplemente, el caso del inmigrante —por el cambio brusco que implica— nos permite observar con claridad, en forma de grandes claroscuros, los mecanismos empleados en el espacio transicional.

Argentinos en Israel

SE han llevado a cabo pocas investigaciones acerca de los argentinos en Israel. Sin embargo, dos de ellas (Herman 1984; Spector 1985) destacaron una característica específica de los argentinos cuando se los compara con otros grupos de inmigrantes latinoamericanos en el país. Otros latinoamericanos afirmaban que vinieron a Israel tratando de resolver un grave dilema de identidad: ¿soy cubano o judío? ¿soy brasileño o judío? Después de decidir que eran más judíos que cubanos o brasileños, vinieron a Israel. Los argentinos, en cambio, afirmaban sentirse muy argentinos, tanto en Argentina como en Israel, y que el problema de la doble identidad no había jugado un papel preponderante en su decisión de venir a vivir a Israel. Si bien el tema de la “doble identidad” es relativamente común dentro de la Argentina en relación con la comunidad judía, es habitualmente utilizado por ciertos grupos no-judíos que intentan poner en tela de juicio la pertenencia argentina de la comunidad judía. Dentro de la comunidad misma, este tema es abordado en forma diferente por los distintos grupos que la componen. Mientras que ciertos

judíos tratan de asimilarse, borrando todo rastro posible de su identidad judía, “Una minoría ha procurado conservar a través del sistema educativo un bagaje cultural judío, sin que ello implique alienarse de la sociedad general” (Roniger y Jarochevsky 1992, p. 42). Esto implica un intento de conciliar ambas subidentidades, sin contraponerlas, sin tener que elegir entre ellas. Quizá sean precisamente los integrantes de esta minoría los que posteriormente llegan a Israel y proveen el tipo de respuesta que cita Herman. Otra característica de los argentinos en Israel es su elevado dominio del lenguaje hebreo, que sólo en parte puede explicarse por el hecho de que aproximadamente un tercio de los inmigrantes argentinos llegados hasta 1974, y un 16% de los que llegaron hasta 1980, poseían un cierto conocimiento del idioma al llegar al país. Por otra parte, en un estudio llevado a cabo en la Universidad Hebrea de Jerusalén en 1984, los argentinos obtuvieron los puntajes más elevados en los tests que medían dominio del idioma hebreo. Siguiendo a Gardner y Lambert (1959), que consideran que el dominio del nuevo idioma es uno de los índices conductuales del nivel de adaptación del inmigrante, podemos afirmar que los argentinos se han adaptado muy bien al país. Al mismo tiempo, los argentinos exhiben un típico acento que los hace fácilmente reconocibles, y mantienen habitualmente lazos con la cultura argentina y con el idioma castellano. Prueba de ello es que existen en Israel varias publicaciones en ese idioma.

Podemos comprender mejor este juego entre las subidentidades nacionales argentina e israelí si empleamos la distinción que Erikson (1964) establece en su análisis de la identidad entre “integridad” (“wholeness”) y “totalidad” (“totality”). El autor emplea estos términos para referirse a dos tipos básicos y diferentes de relación entre partes del *self*. Mientras que “integridad” implica una coordinación entre las diversas partes del todo, que entran en fructífera asociación unas con otras, “totalidad” denota una relación entre las partes que es a la vez absolutamente inclusiva y totalmente exclusiva. Aunque una cierta categoría diste de ser lógica, o aunque exista una “atracción” natural entre las partes, se hace necesario mantener la separación. En tanto *gestalt*, “integridad” enfatiza una mutualidad orgánica y progresiva entre las diversas funciones y partes de un todo, cuyos límites son abiertos y fluidos. “Totalidad”, por el contrario, se refiere a una *gestalt* en la cual se pone el énfasis en un límite absoluto: dada

cierta demarcación arbitraria, nada que pertenezca al interior puede ser tolerado fuera de él, y nada que pertenezca al exterior puede ser admitido en el interior de la estructura. En mi opinión, para poder adaptarse con éxito al nuevo país, las identidades del inmigrante deben encontrarse en un estado de "integridad" y no de "totalidad". Esto es precisamente lo que parece suceder con los argentinos: son capaces de sentirse a la vez israelíes y argentinos —y no ex-argentinos, como ocurre con otros grupos inmigratorios (Spector 1985). Esta relación entre las subidentidades, que permite a la persona contener ambas subidentidades a la vez, en un estado de "coexistencia pacífica", posibilita la inversión de energía en el proceso de adquisición del nuevo idioma. Pareciera que los argentinos ya se relacionaban en forma semejante con las dos subidentidades (judía y argentina) aún antes de venir a Israel, lo cual indicaría que en Israel simplemente repiten una negociación exitosa de las subidentidades llevada a cabo anteriormente en el país de origen.

*El marco teórico:
Apuntes para una psicología
de la identidad,
la inmigración y el lenguaje*

ERIKSON (1964) sostiene que la identidad es el mantenimiento de la continuidad del individuo a través de los cambios. Dado que la inmigración representa un cambio importante en la vida del individuo, necesariamente produce un impacto sobre la identidad. Para analizar este impacto, emplearemos el concepto de Hormuth (1990): "ecología del *self*". Para este autor, el *self* posee tres elementos constitutivos: las personas, el medio ambiente y los objetos. El *self* **determina** esta ecología, y a la vez **constituye un reflejo de ella**. Por ello, los cambios que se produzcan dentro de este sistema ecológico habrán de modificar la auto-percepción de la persona.

Ya el interaccionismo simbólico, desde Mead (1934) en adelante, había destacado el papel del Otro en la creación del *self* social. Las personas que nos rodean nos sirven como espejo que refleja nuestro *self*, mediante sus reacciones frente a nuestras acciones, verbales y no-verbales. Si estas reacciones habituales cambian, ello nos produce una sensación de extrañeza que nos obliga a revisar nuestro auto-concepto. También el medio ambiente, al proveernos el **lugar** en el

que se llevan a cabo nuestras experiencias y acciones, y los **objetos** de los que nos rodeamos, constituye un símbolo de nuestro *self* (Proshansky 1978). El *self* se refleja entonces a través de la manipulación y la creación del medio ambiente, y éste, a su vez, contribuye a mantener la estabilidad del *self*. Por lo tanto, el fenómeno migratorio —que implica un cambio tanto en el medio ambiente como en las personas que nos rodean— debe necesariamente influir sobre el *self*. En este caso es importante analizar la forma en la que el inmigrante organiza su espacio inmediato, aquel que está sujeto a su control, como el amoblamiento de la vivienda. Es habitual que los inmigrantes traigan sus muebles del país de origen, en un intento de asegurar una mínima continuidad que les brinde la sensación de "estar en casa". También los **objetos** que nos rodean simbolizan nuestro *self*: por ejemplo, los libros de nuestra biblioteca o la vajilla en la que servimos la comida brindan señales claras sobre nosotros, y sirven para mantener cierto status del *self* o para indicar nuestras aspiraciones sociales (Wicklund y Gollwitzer 1982). A través de los objetos que nos rodean, presentamos la imagen deseada de nosotros mismos ante los demás (Schlenker 1980). El cambio y la permanencia de los distintos elementos de la ecología del *self* nos proveen de valiosa información acerca del impacto de la inmigración sobre la identidad personal.

Uno de los cambios más importantes que trae aparejada la inmigración es la necesidad de emplear un nuevo idioma. La idea de que la adquisición de un nuevo idioma provoca un impacto sobre la identidad ha sido propuesta por diversos autores (Mead 1934; Christophersen 1948; Strauss 1969; Gardner y Lambert 1972; Segalowitz 1974; Gumperz y Gumperz 1984). El nuevo idioma estampa su sello en la identidad nacional, ya que el contacto con otra cultura, y por consiguiente con otro idioma, permite la toma de conciencia de las particularidades de nuestra cultura y de nuestro lenguaje (Weinreich 1953). En esta situación surgen diversas preguntas acerca de nuestra pertenencia cultural y lingüística.

Cuando el inmigrante llega al nuevo país, debe enfrentarse con un contexto desconocido y diferente desde el punto de vista étnico y cultural, el cual le ofrece nuevas posibilidades de elección. Dado que —en su sentido más inmediato— la identidad étnica es la acción de clasificar, separar y agrupar la población en una serie de

categorías definidas en términos de “nosotros” y “ustedes” (Epstein 1978), la nueva situación provoca –tanto a nivel individual como grupal– nuevas confrontaciones con el *self*, las cuales conducen al abandono de formas establecidas de inclusión o a la emergencia de nuevas expresiones de exclusividad. En estas circunstancias, la etnicidad halla su expresión más visible en la aparición de nuevas categorías sociales.

Si aplicamos los conceptos de Epstein a la situación de los judíos en la diáspora y en Israel, vemos que tanto la identidad judía como la nacional (rusa, americana, argentina) constituyen esferas de la identidad social que funcionan en forma distinta de acuerdo con el contexto. En la diáspora, la identidad judía actúa como elemento diferencial del individuo con respecto a sus conciudadanos, mientras que en Israel es precisamente la identidad nacional la que lo diferencia de los demás judíos. De este modo se crean los nombres compuestos, como “israelí-norteamericano”, “israelí-argentino”, y entonces los idiomas de los distintos grupos inmigratorios actúan como “marcadores étnicos”, siguiendo a

Martin (1981, p. 141), que en su análisis del contexto australiano emplea el término “étnico” como sinónimo de “primera o segunda generación de inmigrantes”. Podemos suponer, entonces, que todo inmigrante debe llevar a cabo un proceso de negociación de sus identidades nacionales que le permita responder a la pregunta: “y ahora... ¿quién soy?”.

Reflejos lingüísticos

EL papel que juega el idioma en este proceso de negociación de las subidentidades nacionales no ha sido aclarado hasta ahora. Dado que todo idioma está relacionado con una cultura, ciertos autores, como Gardner y Lambert (1972), afirman que el mero hecho de articular unas pocas palabras en otro idioma convierte al individuo en un miembro aculturado de la nueva comunidad lingüística. Aunque no todos los investigadores están de acuerdo con esta afirmación extrema, es comúnmente aceptado dentro de la sociología del lenguaje que la adquisición de un nuevo idioma ejerce un cierto impacto sobre la identidad del sujeto (Pool 1979; Lamy 1979; Eastman 1984). En un trabajo anterior (Spector 1985) me referí al acento extranjero como uno de los elementos que reflejan el proceso de negociación de las subidentidades del inmigrante, y le permiten llegar a un equilibrio entre el cambio exigido por la nueva situación y el mantenimiento de sus lealtades nacionales anteriores.

Luego de haber descrito la forma en la cual el inmigrante lleva a cabo el proceso de negociación de sus subidentidades nacionales, y el papel que juega el lenguaje como reflejo de este proceso, es importante señalar que esta negociación admite numerosas variaciones, según el “peso” de las subidentidades en juego. Por ejemplo, si la tendencia en el país de origen había sido la de separar cuidadosamente la identidad judía de la argentina –un caso de “totalidad” siguiendo a Erikson– podemos suponer que el inmigrante hará lo mismo en el nuevo país, y tenderá, entonces, a pensar que sólo una de las dos subiden-



tidades es "aceptada" o "legítima". En este caso, la adquisición del nuevo idioma habrá de reflejar la elección tomada: desde un dominio perfecto del nuevo idioma, llegando quizá en su forma máxima a la situación de "passing", en la que el sujeto parece un parlante nativo o, por el contrario, la negación total a adquirir el nuevo idioma, lo cual determina su ubicación en una posición totalmente marginal dentro de la nueva sociedad. Estas soluciones extremas son problemáticas en mi opinión. La primera porque "rompe" la continuidad de la identidad, que para Erikson es fundamental para una adecuada evolución psicológica del individuo, y la segunda porque impide totalmente la adaptación laboral y social del inmigrante.

En mi opinión, es el **grado** de proficiencia comunicativa el que determina en qué medida ésta habrá de influir sobre la identidad: un dominio elevado influye sobre la identidad del sujeto, mientras que un dominio menos perfecto puede servir para ciertos propósitos específicos sin ejercer necesariamente un impacto sobre la identidad. Por ello, si el dominio perfecto del idioma influye en la forma en que el individuo percibe su identidad nacional (Lamy 1979), adquirir proficiencia cuasi-nativa en hebreo significa para el inmigrante la superposición de una nueva identidad (israelí) sobre la identidad nacional previa (argentina). Podemos comparar la adquisición de una nueva identidad con una conversión religiosa que, "no sólo representa la construcción de una nueva lealtad, sino también el abandono de alianzas previas" (Strauss 1969). Por ende, la nueva identidad implica el abandono de la anterior, o por lo menos, la puesta en peligro de su centralidad en la auto-percepción del inmigrante. Este peligro está representado por la posibilidad de "pasar" por parlante nativo del nuevo idioma (Lamy 1979), y es posible que —para evitarlo— el inmigrante emplee el mecanismo que Goffman (1961) denomina "distancia del rol": la distancia perceptual entre la forma en que el individuo se ve a sí mismo y los roles sociales que debe llevar a cabo y que no constituyen su "*self* real". Para ello, el individuo emplea "desidentificadores": conductas tendientes a destruir la visión coherente que el individuo ofrece mediante su actuación, y que sirven para informar a los demás que él no es exactamente lo que parece. En este sentido, el acento extranjero es un desidentificador, según lo demostré en mi investigación con argentinos en Israel (Spector 1985), ya que permite a la vez enviar señales claras de pertenencia a los dos grupos nacio-

nales: a los israelíes, en el sentido de que se ha realizado el esfuerzo del adquirir el hebreo, "aunque fuertemente acentuado". A los argentinos, informándoles que no se ha renunciado en modo alguno a la identidad argentina.

Un intento de integración

MI concepción acerca de la relación entre la identidad nacional y la adquisición lingüística en la situación de inmigración es la siguiente: a medida que el inmigrante adquiere el nuevo idioma, y éste va "cubriendo" espacios comunicativos cada vez más amplios, el nuevo idioma empieza a ser percibido como amenazador respecto de la identidad nacional anterior, representada por la lengua madre. Entonces, para evitar el desplazamiento de esta identidad dentro de la auto-percepción del inmigrante, éste comienza a poner en efecto mecanismos (no conscientes) para "detener" el avance del nuevo idioma. Para ello, cada inmigrante emplea ciertas estrategias que le permiten mantener la primacía de la lengua madre en el desempeño de ciertas actividades que "no pueden ser llevadas a cabo en el nuevo idioma". Estas estrategias le permiten mantener —a nivel simbólico— el espacio del idioma materno y la identidad nacional primaria y, por otra parte —a nivel de la realidad— le permiten adaptarse **mejor** al nuevo país y aprender el nuevo idioma, ya que de este modo siente menos culpa por la "traición étnica" que tal aprendizaje implica (Carranza y Ryan 1975). El punto exacto en el que cada inmigrante detiene el aprendizaje del nuevo idioma depende de las características individuales —educación, modelos sociales relevantes, grupos de referencia. Algunos individuos detendrán su aprendizaje al poco tiempo de iniciarlo, exhibiendo entonces un escaso dominio del nuevo idioma, con las consecuencias naturales sobre su avance profesional y social en el nuevo país. Otros, más ambiciosos, procurarán adquirir un nivel más alto. Sin embargo, casi todos habrán de dejar ciertas habilidades lingüísticas a un nivel inferior dentro de la constelación de habilidades lingüísticas del nuevo lenguaje. O quizá llegarán a adquirir un dominio relativamente alto del idioma, pero la estrategia consistirá en el empleo de dialecto "neutro", desprovisto de expresiones idiomáticas, carente de colorido, que los habrá de denunciar como extranjeros, por lo que nunca habrán de ser confundidos con un parlante nativo del idioma. Al comienzo del proceso de apren-

dizaje del lenguaje, no existe impacto alguno sobre la identidad étnica, ya que el idioma materno domina claramente la situación. Sólo cuando el nuevo idioma es más accesible, y existen ciertas funciones que son ejecutadas más fácilmente en el nuevo idioma que en el nativo —en el que a veces se experimenta el desasosiego de olvidar ciertas palabras— comienza este nuevo idioma a representar un “peligro” para la identidad nacional primaria. Es entonces cuando se inicia el proceso de negociación de las subidentidades nacionales, como consecuencia del cual se produce una adquisición típicamente **incompleta** del nuevo idioma, ya que, como lo explica Trosset (1986, p. 185), “uno teme llegar al éxito total en el aprendizaje del nuevo idioma, ya que hablar otro idioma perfectamente es convertirse en otra persona. El miedo de perder nuestra identidad provoca una fuerte resistencia contra la adquisición completa y total del nuevo lenguaje”. En este proceso, distintos individuos llegan a soluciones diferentes. Mi disertación de doctorado tiene como intención configurar una tipología de tales soluciones al problema de la identidad. En el presente artículo me propongo presentar una de estas soluciones, a la que denomino “identidad alquilada”. Se trata de Jacobo, judío nacido en la Argentina y que reside en Israel desde hace 15 años.

Jacobo

JACOBO nació en Médanos, una pequeña colonia agrícola judía al sur de la provincia de Buenos Aires, que lentamente se fue convirtiendo en pueblo grande. Cuando Jacobo era chico, la generación de sus padres hablaba exclusivamente en ídish. Y Jacobo lo sigue hablando hasta hoy con su madre, una anciana de ochenta y dos años que se enorgullece de su incapacidad de hablar otro idioma que éste, raíz judía y aroma del exilio. Jacobo enseña en la Universidad de Tel Aviv. Es un arqueólogo de renombre. Habla varios idiomas a la perfección, y escribe abundantemente en castellano y en inglés.

Quando le pregunto cuál es su lengua madre, me dice que son dos: ídish y castellano. Jacobo se educó en un hogar judío tradicional. La madre, mujer de escasa cultura, un poco rígida, poco aficionada a la cocina y ajena a las expresiones de cariño, enviudó hace muchos años y vive actualmente con una hermana de Jacobo en el norte de Israel. El padre era un *kuentenik*. Un *kuentenik* es un comerciante que viaja por los

pequeños pueblos de provincia, se hace de una clientela fija, a la que trae mercadería por encargo y, por supuesto, agrega también artículos varios a su elección, para que las serias amas de casa sueñen con las sedas de la capital. No siempre le compran, pero a veces lo hacen, a escondidas del marido, en pequeñas cuotas con las que el afable comerciante las convence. El padre era un hombre simple y creyente. Jacobo recuerda el *shil*, y también las miradas despectivas de los otros judíos —los rusos— ante la entonación polaca del padre.

Jacobo pertenecía a una minoría dentro de la minoría. La colectividad judía de Médanos estaba constituida en su gran mayoría por una colonia de rusos en la que se habían introducido unos pocos polacos, a los que los demás contemplaban por encima del hombro. El acento polaco de su padre. Germen de todos los acentos.

En Médanos, los judíos hablaban castellano con un acento particular y fácilmente reconocible como característica judía. También los chicos en la escuela hablaban así, imitando a la maestra. Jacobo odiaba ese acento. Pasaba largas horas junto a la radio, buscando siempre la estación porteña. Jacobo repetía las frases de los locutores, los noticieros, las propagandas, hasta que fue evidente para todos que él hablaba de otra manera. Ni las burlas ni el ostracismo pudieron modificar su forma de hablar.

*Conozco las costumbres y las almas
y ese dialecto de alusiones
que toda agrupación humana va urdiendo.*

(J. L. Borges, “Llaneza”)

Es muy interesante esta manipulación del acento, ya que es posible suponer que la identidad nacional se construye en forma concéntrica: desde el barrio, la ciudad, hacia la provincia, la nación —más abstractas y distantes del niño. Sin embargo, Jacobo “saltea” su pertenencia al contexto inmediato para hacerse propietario de una identidad nacional “amplia”, general, soñada... o inventada. Una pertenencia que le asegure una cierta “superioridad”, representada por el idioma de la capital... Este es el germen de la calidad “alquilada” de su identidad argentina. Mientras que el “acento” del padre lo convertía en socialmente “inferior” (el acento del exilio aun dentro del exilio), el acento de Jacobo



le daba una cierta superioridad (creando quizá otro tipo de exilio, interior, elegido, por lo menos en su imaginación).

A veces es difícil determinar cuál es la **primera** identidad nacional. Así como no es necesario que una persona tenga sólo **una** lengua madre, tampoco es necesario que se tenga **una** identidad nacional. En el caso de Jacobo, pareciera que la identidad judía se siente como más primaria, por la dificultad en asumir la identidad nacional inmediata: la local. A pesar de que los documentos le otorgan una identidad argentina clara e indiscutible, Jacobo no puede asumirla como una posesión genuina. No puedo dejar de referirme aquí al problema de la pertenencia total del judío en la diáspora. Especialmente en un país como la Argentina, que sigue excluyendo a los judíos (más exactamente a los no-católicos) de ciertas posiciones, como la de presidente, esta pertenencia nunca puede ser total. Puede parecer rebuscado aludir a la imposibilidad de ser presidente de la nación, ya que no todo ciudadano aspira a tal cargo, pero es posible sostener que, a nivel simbólico por lo menos, se trata de una exclusión, que debe necesariamente ejercer una cierta influencia en la percepción de la identidad argentina de los no-católicos. Uno debe aceptar sus limitaciones. Mi intención aquí consiste sólo en señalar que existe una cierta problemática en la identidad nacional de los judíos en ciertos países. De ningún modo intento afirmar que **necesariamente** la identidad argen-

tina es alquilada, pero quizá trato de insinuar que la posibilidad de percibirla en esta forma dista de ser patológica. El caso de Jacobo es bastante especial, ya que vive su identidad en forma alienada, alquilada, y no puede conectarse con naturalidad con los aspectos que le pertenecen totalmente, como su dominio perfecto del idioma, los modales, el verdadero y profundo amor por el país. Es por eso que sostengo que la identidad argentina de Jacobo constituye —en parte por lo menos— un “falso *self*”. Debido a su necesidad de escapar de la identidad argentina localista —muy rechazada— para imaginar en su lugar una pertenencia metropolitana que no es auténtica, en última instancia no puede asumir con naturalidad los aspectos verdaderos de su identidad. A pesar de que su identidad es reconocida desde afuera, la necesidad permanente de “demostrarla” nos muestra su inseguridad.

*A mí se me hace cuento que empezó
[Buenos Aires:
la juzgo tan eterna como el agua y el aire.*

*(J. L. Borges,
“Fundación mítica de Buenos Aires”)*

Jacobo creció como una persona diferente. Soñaba con ir a Buenos Aires para estudiar en la universidad. No pudo hacerlo porque, sorpre-

sivamente, la universidad de Bahía Blanca, la ciudad más cercana, le ofreció una beca que fue el orgullo de sus padres y la solución para los problemas de manutención durante sus estudios.

Fue a Bahía Blanca, y estudió arqueología, convirtiéndose rápidamente en alumno brillante, jefe de trabajos prácticos, y a los veintiséis años, en el profesor más joven del Departamento de Arqueología. Buenos Aires siguió representando para él lo más ansiado, y hacia allí se dirigía en cuanto oportunidad podía, para asistir a congresos, conciertos, vacaciones, visitas con su esposa y las dos pequeñas niñas. Siempre se enorgullecía interiormente cuando los porteños le preguntaban cuál era su dirección en Buenos Aires, de qué barrio era... (Médanos, les contestaba en su imaginación. En la realidad, callaba y sonreía...).

Aquí vemos que su pertenencia a esa Argentina idealizada, a esa argentinidad metropolitana, se basa en la mentira. Más bien, siguiendo a Winnicott (1965), está relacionada con el “falso *self*”. Winnicott distingue entre un “*self* verdadero”, que es “un elemento incomunicado, sagrado y que merece ser preservado” (p. 187) —y que nace como consecuencia de un medio ambiente suficientemente adaptativo, capaz de responder a sus necesidades básicas— y un “*self* falso”, que surge como reacción a la incapacidad de la madre de adaptarse a las necesidades del niño, exigiendo de él una adaptación precoz a las necesidades de ella. Este “*self* falso” esconde al verdadero para protegerlo de la destrucción. En cuanto a las identidades, yo sostengo que algunas de ellas se relacionan más con el “*self* verdadero”, y otras, con el “falso”.

En el caso que nos ocupa, la identidad judía es firme, se transmite a través de “todas las generaciones”, es decir no hay antepasados no judíos conocidos o relevantes. En cambio la identidad argentina es reciente, ya que hubo un movimiento geográfico de los padres de un país de Europa oriental hacia la Argentina, donde nace Jacobo. Es importante señalar que el país del que provienen los padres es inferior en status, tanto en comparación con el país nuevo como con la comunidad judía. Es decir, también la comunidad judía del país de proveniencia es considerada de bajo status en el país en que nace Jacobo. A nivel teórico, es posible sostener que la identidad judía en este caso es más **básica**, más sentida como **propia**, menos en discusión, más claramente heredada y poseída. Casi podría decir,

más perteneciente al mundo interno. La identidad argentina es una identidad más discutible, menos segura, la que hay que “ganar”.

*Las calles de Buenos Aires
ya son la entraña de mi alma.*

(J. L. Borges, “Las calles”)

El acento de Buenos Aires. Las calles de Buenos Aires. La Avenida Libertador. La Recoleta. No hubo ciudad en el mundo que le causara ese mágico efecto, tampoco después, cuando viajó libremente, invitado por las universidades más prestigiosas del mundo, cuando se tomara largas vacaciones recorriendo Europa, los Estados Unidos, la China...

Nunca un lugar le llegó tan hondo como Buenos Aires. Simplemente, ése era el lugar en el que debiera haber nacido, y no aquel Médanos provinciano y pequeño.

Este tipo de identidad es lo que yo denomino “identidad alquilada”: existe sólo en tanto se llenen ciertos requisitos, y puede ser perdida, recuperada en cierto modo por sus “propietarios originales”. Acerca de esta identidad podemos decir que pertenece más bien al mundo externo, siendo meramente reflejada en el mundo interno. El sujeto siente que esta identidad es sólo un reflejo, carente de existencia “material”. Por supuesto, el término “material” es empleado aquí figurativamente, ya que, a pesar de mis “juegos geográficos” ¡no pienso que el mundo interno sea material!

A Médanos volvió alguna vez, a liquidar los bienes de la familia cuando los padres se mudaron a Bahía Blanca y después a Israel, donde vivía la hermana mayor.

En medio de su brillante carrera, Jacobo y su familia emigraron a Israel. Todo comenzó con una visita casual, por invitación de la Universidad de Tel Aviv. Y allí, sin saber muy bien cómo, empezaron a lloverle ofertas de trabajo, y se le despertó la pertenencia judía que tenía un poco dormida, a pesar de que siempre había leído sobre temas de filosofía judía y había pertenecido a grupos universitarios sionistas. De pronto, Israel, pujante, joven, viviente, un verdadero desafío. La universidad le ofrece un puesto importante, con grandes oportunidades de progreso en poco tiempo.

Acepta. A los tres meses está viviendo en Israel. A Jacobo, Israel le resulta fácil. Israel se conecta con la identidad judía, de la que constituye una continuación natural, y se relaciona también con el “*self* verdadero” de Jacobo. Por eso le resulta tan fácil. Desde el comienzo, Israel lo esperará siempre. Jacobo puede alejarse y volver a él. Es, en realidad, como una madre, a la que lo relaciona un amor simple y transparente, sin demasiadas preguntas. Jacobo me dice que desde el primer instante se sintió parte de Israel, y que este sentimiento lo sorprendió. Es un reencuentro con su identidad judía, pero esta vez más valorada, ya que se trata de la identidad de la mayoría, y le permite tomar contacto con los contenidos sentidos como buenos, como satisfactorios. Esto le permite también revalorar lo recibido de sus padres, que ahora actúa como facilitador de la adquisición del nuevo idioma. Las letras del ídich dibujan ahora las palabras hebreas. Y un inmenso placer lo invade. Al poco tiempo ya puede dictar sus clases en hebreo.

Jacobo se concentra en la carrera. Ascende, asciende, asciende. A los pocos años, un sabático en los Estados Unidos. Al volver a Israel lo nombran jefe del Departamento de Arqueología. Ya es un hombre importante, reconocido dentro y fuera del país.

La identidad alquilada

*No necesito hablar
ni mentir privilegios;
bien me conocen cuantos aquí me rodean,
bien saben mis congojas y mi flaqueza.
Eso es alcanzar lo más alto,
lo que tal vez nos dará el Cielo:
no admiraciones ni victorias
sino sencillamente ser admitidos
como parte de una Realidad innegable,
como las piedras y los árboles.*

(J. L. Borges, “Llaneza”)

EL hecho de que la identidad argentina es “alquilada” se revela ya durante el proceso de adquisición del castellano. A pesar de que vive con su familia en Médanos, a muy temprana edad se preocupa por adquirir el “acento *standard*” de la capital. Lo logra escuchando la radio durante largas horas. Ya entonces consideraba

que el acento regional era “inferior” y “le daban risa” sus amigos de juegos al hablarlo. Era un niño relativamente aislado, aunque esto no adquiriría proporciones alarmantes. Aún hoy mantiene esa misma opinión con respecto al acento regional, y detesta todo lo relacionado con el lugar y la comunidad.

El idioma refleja aquí, y desde el comienzo, los esfuerzos que habrá de hacer Jacobo a lo largo de su vida, para mantener vigente esta identidad alquilada: incontables viajes y una cierta tensión por parecer nativo, la cual se revela en su relato acerca de la necesidad de escuchar durante largas horas la radio cada vez que vuelve a la Argentina, a fin de detectar las nuevas formas lingüísticas que surgieron en su ausencia y emplearlas luego al hablar con los demás.

A pesar de no haber residido nunca en Buenos Aires, se siente habitante de la ciudad. Conoce sus calles, cada uno de sus rincones, y le encanta **que lo reconozcan** los propietarios de los negocios a los que acude, o en el bar en el que acostumbra tomar café.

Es una identidad que necesita permanente refuerzo exterior: que la confirmen desde afuera, porque me parece que por dentro se trata de una identidad fantasma.

La identidad judía, en cambio, es variada y clara. Jacobo es laico, pero mantiene abundantes elementos religiosos tradicionales que incorpora con naturalidad a su rutina. Los viernes enciende velas, y celebra todas las festividades judías. El tema de lo judío aparece también a nivel profesional, y escribió varios libros sobre temas judíos conectados con su profesión. Demuestra gran goce cuando se le solicita algo en relación con lo judío: recitar el *kidush*, responder a preguntas relacionadas con la historia judía o la tradición. En Israel, sociedad eminentemente pluralista, y en el ambiente en el que Jacobo se desenvuelve, es muy bien considerado el hecho de haber nacido en el extranjero. Los modales finos de Jacobo, sus preferencias gastronómicas y los numerosos idiomas que habla con perfecta soltura, le confieren un nivel social alto, que en gran medida se debe a su origen extranjero. Debo destacar que su hebreo es excelente, y lo habla con un fuerte acento argentino, al que afirma que no desea renunciar. Por otra parte, también en este caso la adquisición del idioma del país de inmigración no es perfecta: Jacobo prefiere leer en inglés o en castellano —ya que en hebreo lee más lentamente— y afirma ser total-

mente incapaz de escribir en ese idioma. Cuando debe escribir una carta, por ejemplo, la escribe en borrador y pide a una secretaria que se la corrija. "Es una serie interminable de errores ortográficos..." —sonríe con cierta picardía. Cuando le señalo que me parece extraño que no se haya preocupado por mejorar su escritura, ya que es evidente que ha realizado un gran esfuerzo por adquirir un elevado dominio en todas las demás habilidades lingüísticas en hebreo, me dice: "¡No veo la necesidad de mejorarla! No me hace falta saber escribir. ¡Nadie me va a juzgar por eso!".

En una persona cuidadosa como Jacobo, que se enorgullece de su excelente manejo del idioma, aspecto que permanentemente le señalan sus alumnos y colegas, resulta difícil explicar esta tranquila aceptación de su incapacidad para expresarse por escrito, con la consiguiente dependencia de otras personas. Sin embargo, es precisamente esta disparidad entre las distintas habilidades lingüísticas la que confirma mi hipótesis de que el inmigrante desea obtener el nivel **mínimo** de proficiencia lingüística en el nuevo idioma, y no trata de lograr un dominio total del mismo. En el caso de Jacobo, por ejemplo, este "mínimo" se expresa en su casi inexistente dominio de la escritura.

Por un lado, la adquisición de los aspectos del idioma local que son relevantes para su funcionamiento social y profesional, indica una adaptación perfecta. Hacia lo mismo apuntan su profundo conocimiento de la historia y la geografía locales, y su éxito social contundente en todos los medios en los que se maneja. Sin embargo, ha mantenido al mismo tiempo ciertas características propias, extranjeras, como su cuidadoso vestir, que es poco común en Israel, donde la gente se viste de manera informal. Jacobo viste saco y corbata diariamente, y su aspecto se distingue con relativa facilidad. Prueba de ello es que los israelíes que no lo conocen tienden a dirigirse a él en inglés. Es decir, hay características exteriores que marcan su inserción incompleta, y el acento señala lo mismo en su idioma hebreo.

En un país de inmigrantes como Israel, ésta es la conducta habitual de todos los grupos inmigratorios, de modo que, a pesar de que yo lo señalo dentro del conjunto, éstas no son características fuertemente significativas en Israel. Sin embargo, en el caso de Jacobo, existe una cierta "acentuación de la extranjería". Si lo comparo con otros argentinos de su entorno, él

es el más marcadamente diferente de los israelíes. Sus amigos pertenecen a dos grupos distintos. Uno está compuesto por latinoamericanos, y el otro por israelíes. Ambos grupos se mezclan en su casa en contadas ocasiones. En ambos casos, Jacobo ofrece una cocina europea refinada y cuidadosa, que lo convierte en un "niño mimado" de sus relaciones. Esta es la opción A. Existe también una opción B. Se trata de la comida materna. Platos pesados y poco delicados, propios de la cocina de Europa oriental. Esta es la comida de los amigos más íntimos. Para conocer esta comida, uno debe pertenecer al grupo de gente del que Jacobo está seguro. Esta es la identidad "de entrecasa". Esta identidad se entrelaza con la madre. Una mujer poco culta, fría, que no cocinaba bien. No conozco demasiados detalles de la madre, pero sé que la relación con ella fue problemática. La hermana es un poco la heredera de esa relación, y entonces puedo suponer que hay afecto, pero también rabia, y es una figura bastante devaluada. Esta identidad es la que Jacobo siente como más "suya", más auténtica, pero a la vez es incapaz de valorarla.

Si volvemos al análisis de la relación entre el *self*, el lugar y los objetos, vemos que la comida refinada, la decoración del departamento, la ropa elegante, tienen por objeto reafirmar la "extranjería" de Jacobo en Israel y acentuar su identidad argentina. En cuanto al rol de las personas, vemos que Jacobo frecuenta un grupo social compuesto por argentinos, frente a los cuales permanentemente debe "actuar" lo más argentinamente que sea posible. Para apoyar nuestra afirmación de que se trata de un "*self* falso", podemos referirnos a una distinción que Sampson (1978) establece entre una orientación de la identidad externalizada y otra internalizada. Es decir, hay personas que eligen características externas para asegurar el mantenimiento de la identidad (lugares, objetos, posesiones), mientras que otras la basan en características interiores (rasgos de carácter, conductas, etc.).

Jacobo parece haber elegido elementos exteriores (*for export*) para mantener la continuidad de su identidad argentina, y elementos interiores para su identidad judía. Por ello, pareciera que la primera está más relacionada con un "*self* falso", mientras que la segunda parece más relacionada con el "*self* verdadero". Pareciera que el "*self* falso" viene a defender a Jacobo ante el rechazo de la comunidad judía de Médanos, la devaluación de la procedencia polaca del padre. Como respuesta, Jacobo adopta el acento

de la capital: desde el comienzo un acento extraño, no auténtico, que implica una "superioridad" pretendida; idealiza a Buenos Aires y sueña que en realidad pertenece a la gran ciudad. Se refugia en la fantasía y en sus ambiciones para el futuro, que luego lleva a cabo una por una.

Por eso las pocas veces que vuelve a Médnos, mira a todos por encima del hombro: él es el profesor que puede despreciar a todos los que antes lo despreciaron (es la identidad que nunca aceptó, que saltó).

En Israel recupera las propiedades positivas de su verdadera identidad, lo que le facilita la adaptación, que es casi perfecta, pero necesita viajar frecuentemente a la Argentina para "recargar" su identidad argentina: en Israel es fácil ser **mu**y argentino, pero allá, en la pampa... ¡los gauchos acechan! La identidad alquilada muestra que el hombre se halla abocado a un constan-

te proceso de **interpretación** de la realidad. Durante este proceso, se cruza permanentemente la línea tenue que divide la realidad de la fantasía, la que separa la percepción infantil de la adulta. No importa a veces cuán importante es una persona, o cuánta adulación y respeto merezca: en su corazón habita un niño de pocos años que escucha fervorosamente la radio para imitar el acento de los que admira. Y debe imitar ese acento durante toda su vida, también cuando el acento ya le es propio y reconocido desde el exterior. Siempre corre el riesgo de perderlo.

El proceso de construcción de la identidad nacional es complicado. No siempre puede comprenderse a base de datos de la realidad. Parfraseando al poeta, "el hombre no soporta demasiada realidad". Por ello, el inmigrante trabaja laboriosamente para emplear su presente y su pasado en la construcción de una identidad que le asegure la continuidad de su ser en el mundo.



REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Carranza, M. A. y Ryan, E. B. (1975). "Evaluative Reactions of Bilingual Anglo and American Adolescents Towards Speakers of English and Spanish". *International Journal of the Sociology of Language* 6, pp. 83-104.
- Christophersen, P. (1948). *Bilingualism*. London: Methuen.
- Cooley, C. H. (1902). *Human Nature and the Social Order*. New York: Charles Scribner.
- Eastman, C. (1984). "Language and Ethnic Identity", in J. Edwards (ed.), *Linguistic Minorities, Policies and Pluralism*. London: Academic Press, pp. 204-230.
- Edwards, J. (1984). "Language, Diversity and Identity", in J. Edwards (ed.), *Linguistic Minorities, Policies and Pluralism*. London: Academic Press, pp. 231-250.
- Epstein, A. L. (1978). *Ethos and Identity*. London: Tavistock.
- Erikson, E. (1964). *Insight and responsibility*. London: W. W. Norton.
- Gardner, R. C. y Lambert, W. E. (1972). *Attitudes and Motivation in Second Language Learning*. Massachusetts: Newbury House, Rowley.
- Goffman, E. (1961). *Encounters*. London: Bobbs-Merril.
- Gumperz, J. J. and Gumperz, J. C. (1982). "Introduction: Language and the Communication of Social Identity", en J. J. Gumperz, *Language and Social Identity*. London: Cambridge University Press, pp. 1-21.
- Herman, D. (1984). *The Latin American Community of Israel*. New York: Praeger.
- Hormuth, S. E. (1990). *The Ecology of the Self*. Cambridge: Maison des Sciences de l'Homme and University Press.
- Lamy, P. (1979). "Language and Ethnolinguistic Identity: the Bilingualism Question". *IJSL* 20, pp. 23-36.
- Martin, J. (1981). *The Ethnic Dimension*. London: George Allen and Unwin.
- Mead, G. (1934). *Mind, Self and Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Pool, J. (1979). "Language Planning and Identity Planning". *IJSL* 20, pp. 5-22.
- Pool, J. (1979). "Language Planning and Identity Planning", *IJSL* 20, pp. 5-22.
- Proshansky, H. M. (1978). "The City and Self-identity", *Environment and Behavior* 10, pp. 147-169.
- Roniger, L. y Jarochevsky, G. (1992). "Los latinoamericanos en Israel: la comunidad invisible". *Reflejos* 1, pp. 39-49. Universidad Hebrea de Jerusalén.
- Sampson, E. E. (1978). "Personality and the Location of Identity". *Journal of Personality*, 46, pp. 552-68.
- Schlenker, B. R. (1980). *Impression Management, the "Self"-Concept, Social Identity and Interpersonal Relations*. Monterey, C.A: Brooks-Cole.
- Segalowitz, D.M. & Gaubonton, E. (1977). "Studies of the Non-Fluent Bilingual", en P.A. Hornby (Ed.), *Bilingualism: Psychological and Social and Educational Implications*. New York: Academic Press.
- Spector, G. (1985). "No llores por mí, Argentina: Acento e identidad nacional en los inmigrantes argentinos en Israel". Tesis de M.A. Escuela de Educación. Universidad Hebrea de Jerusalén (en inglés).
- Strauss, A. (1969). *Mirrors and Masks*. San Francisco, California: The Sociology Press.
- Trosset, C. S. (1986). "The Social Identity of Welsh Learners". *Language in Society* 15, pp. 165-192.
- Weinreich, U. (1953). *Languages in Contact*. The Hague: Mouton.
- Wicklund, R. A y Gollwitzer, P. M. (1982). *Symbolic Self-completion*. Hillsdale, N.J: Erlbaum.
- Winnicott, D. W. (1965). *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*. London: Hogarth Press.
- : (1971). *Playing and Reality*. London: Tavistock. Pelican Books.